

róicos y sentimentales, que de fríos cálculos de razón de Estado; y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas y religiosas, no son para propuestas por modelo á ningún hombre de gobierno del presente ni de los futuros siglos. Hombres como Carlos V nadie los volverá ya más á ver, según todas las señas, si no es abriendo ó profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

*(Prólogo de la Vida de la Princesa de Éboli,
escrita por D. Gaspar Muro.)*

CARTA DE UN SEMINARISTA

Á UN SU TÍO DEÁN.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza á fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente, antes al contrario, aquí me paseo mucho á pie y á caballo, voy al campo, y, por complacer á mi padre, concurre á casinos y á reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula: no leo un libro, ni apenas

me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente: y, como el encanto de mi vida estribada en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que ahora hago. Gracias á la paciencia que V. me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo, es el anhelo que cada día siento más vivo de tomar el estado á que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea, y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas, por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta Región de Andalucía, por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y hierbas

olorosas; esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo me parecía avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, y excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me parece pecaminosa distracción é imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y suprasensible por lo sensible y creado. Aunque con poco aprovechamiento en la virtud, aunque nunca libre mi espíritu de los fantasmas de la imaginación, aunque no exento de mí el hombre interior de las impresiones exteriores y del fatigoso método discursivo, aunque incapaz de concentrarme por un esfuerzo de amor en el centro mismo de la simple inteligencia, en el ápice de la mente, para ver allí la verdad y la bondad, desnudas de imágenes y de formas; aseguro á V. que tengo miedo del modo de orar imaginario, propio de un hombre corporal y tan poco aprovechado como soy yo. La misma meditación racional me infunde recelo. No quisiera yo hacer discursos para conocer á Dios, ni traer razones de amor para amarle. Quisiera alzarme de un vuelo á la contemplación esencial é íntima. ¿Quién

me diese alas, como de paloma, para volar al seno del que ama mi alma? Pero ¿cuáles son, dónde están mis méritos? ¿Dónde las mortificaciones, la larga oración y el ayuno? ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que tú me favorezcas?

Harto sé que los impíos del día presente acusan, con falta completa de fundamento, á nuestra santa religión de mover las almas á aborrecer todas las cosas del mundo, á despreciar ó á desdeñar la naturaleza, tal vez temerla casi, como si hubiera en ella algo de diabólico, encerrando todo su amor y todo su afecto en el que llaman monstruoso egoísmo del amor divino porque creen que el alma se ama á sí propia amando á Dios. Harto sé que no es así, que no es esta la verdadera doctrina; que el amor divino es la caridad, y que amar á Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios y Dios está en todo por inefable y alta manera. Harto sé que no pecco amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amarlas por ellas con rectitud, porque ¿qué son ellas más que la manifestación, la obra del amor de Dios? Y, sin embargo, no sé que extraño temor, qué singular escrúpulo,

qué apenas imperceptible é indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como antes, como en otros días de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusión de ternura, algún raptó de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oír el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pío de las golondrinas, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores ó al mirar las estrellas. Se me figura que hay en todo esto algo de delectación sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al menos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne, pero no quiero tan poco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aun los más delicados, sutiles y aéreos, aun los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbido delgado del aire fresco cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplación de la superior hermosura, y entiendan ni por un momento mi amor hacia

quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

No se me oculta que todas esas cosas materiales son como las letras de un libro, son como los signos y caracteres donde el alma, atenta á su lectura, puede penetrar un hondo sentido y leer y describir la hermosura de Dios, que, si bien imperfectamente, está en ellas como trasunto ó más bien como cifra, porque no la pintan, sino que la representan. En esta distinción me fundo á veces para dar fuerza á mis escrúpulos y mortificarme. Porque yo me digo: si amo la hermosura de las cosas terrenales, tales como ellas son, y si la amo con exceso, es idolatría: debo amarla como signo, como representación de una hermosura oculta y divina, que vale mil veces más, que es incomparablemente superior á todo.

Hace pocos días cumplí veintidós años. Tal ha sido hasta ahora mi fervor religioso, que no he sentido más amor que el inmaculado amor de Dios mismo y de su santa religión, que quisiera difundir y ver triunfante en todas las regiones de la tierra. Confieso que algún sentimiento

profano se ha mezclado con esta pureza de afecto. Usted lo sabe, se lo he dicho mil veces; y V. mirándome con su acostumbrada indulgencia, me ha contestado que el hombre no es un ángel y que sólo pretender tanta perfección es orgullo; que debo moderar esos sentimientos y no empeñarme en ahogarlos del todo. El amor á las ciencias, el amor á la propia gloria, adquirida por la ciencia misma, hasta el formar uno de sí propio no desventajoso concepto, todo ello, sentido con moderación, velado y mitigado por la humildad cristiana y encaminado á buen fin, tiene sin duda algo de egoista; pero puede servir de estímulo y apoyo á las más firmes y nobles resoluciones. No es, pues, el escrúpulo que me asalta hoy el de mi orgullo, el de tener sobrada confianza en mí mismo, el de ansiar gloria mundana, ó el de ser sobrado curioso de ciencia; no es nada de esto, nada que tenga relación con el egoísmo, sino en cierto modo lo contrario. Siento una dejadez, un quebranto, un abandono de la voluntad, una facilidad tan grande para las lágrimas; lloro tan fácilmente de ternura al ver una florecilla bonita, ó al

contemplar el rayo misterioso, tenue y ligerísimo de una remota estrella, que casi tengo miedo.

Dígame V., qué piensa de estas cosas, si hay algo de enfermizo en esta disposición de mi ánimo.

JUAN VALERA.

LOS MALDICIENTES.

Lo que al prado el bienhechor rocío, son para el mustio espíritu la risa y la chanza, frecuentemente rendido á la ordinaria fatiga del trabajo y estudio, ó á la más congojosa de pretensiones y cuidados. Los chistes y la risa, como la sal á los manjares, hacen agradable y sana la conversación; pues ligados los hombres con secretos vínculos de simpatía, al modo que la tristeza del uno se reverbera en el semblante del otro, así también una cara risueña mueve y alegra el corazón de quien la mira. Alma de paseos yorros las chanzas y burlas, y de juegos y convites, arrójalas cortesmente el discreto, y las recibe y las vuelve con donosura el advertido; cual gozquecillos que, retozando entre sí con inofensivos

dentezuelos, riñen y están en paz, se muerden y acarician.

Pero ¡cuán fácilmente las cañas pueden volverse lanzas, y el decidor y chancero pasarse á bufón, y del plácido y sereno gracejar venir á la sátira sangrienta y matadora de honras! El papel más difícil fué siempre el del gracioso, porque sus chanzas han de hacer cosquillas y no dolor, y con galano disfraz ha de parecer alabanza y cortesanía la mordacidad, como la censura afectuosa, advertimiento. Del corazón alegre y sencillo de Cervantes brotan los donaires y las gracias; del enconado pecho, la sátira maligna; y muchas veces está en la naturaleza del hombre un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre, que no se pueden ir á la mano. Aliméntanse de agudezas maliciosas; y por el gusto de decir una, perderán á un amigo y aun la propia vida. Para estos hombres no valen ni la amenaza ni el castigo; y los antiguos solían compararlos con aquellos pajarracos hambrientos que de los altares robaban la carne de las víctimas; y también con las arpías, que ensuciaban todo aquello en que po-

nían la garra. El maldiciente pica; y á la manera que la avispa y el escorpión, no sufre que le toquen.

Una misma punzante frase, disparada á un hijo, será prevención cariñosa; al amigo desabrimiento fugaz; á persona desconocida, agravio; al desvalido, cobardía; al desdichado, injuria; desacato, al superior. Cuando el capricho y la desastrosa arbitrariedad de inicuos depredadores tiraniza á los pueblos, parapetándose tras una brutal soldadesca ó un monarca imbécil, ahora se llame Duque de Lerma, Duque de Uceda, ó Conde Duque de Olivares el detentador de la corona, transfórmanse los chistes en acerradas flechas mortíferos dardos y puñales buídos. Pero cuando la paz y la abundancia resplandecen con el imperio de la justicia, los donaires y las flores del ingenio asemejan el atavío de los más hechiceros vergeles. Luego que nació Minerva, hizo Júpiter descender del cielo abundantísima lluvia de oro. Luego que se entronizan los facciosos tiranos, hacen que el ingenio, semejante al río de Lidia, robe al monte Midas su oro para arrojarlo al mar.

¡Cuánto oro de muy subidos quilates no desperdiciaron grandes poetas, arrojándolo al mar del olvido, en la funesta ocupación de lastimar ajenas honras, mancillar ilustres créditos, descubrir secretos escondidos, y contaminar claros linajes! ¡Oh qué tiempo y fuerzas malogran, y como caen también en el error aun los ingenios más preclaros!

LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA.

(Del laureado libro D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.)

EL MONASTERIO DE LEYRE

EN NAVARRA.

Estas ruinas que se mantienen en pie y acusadoras, en lo alto de este desierto monte; estos restos venerables de un monumento histórico abandonado á las fieras y á las aves de rapiña, convidan al hombre pensador á graves meditaciones. ¿Quién edificó el monumento? ¿quién lo convirtió en ruinas? He aquí dos cuestiones que se pueden resolver sin necesidad de hojear empolvados *infolios* ni descifrar viejos cronicones; el monumento lo levantó la fé; las ruinas las hizo la in-

credulidad. Y en esta, como en todas ocasiones, cada uno de estos agentes cumplió su destino. La fe venida del Cielo, que tiene por auxiliares la abnegación, la perseverancia, la generosidad, la caridad, puebla los desiertos, disputa los terrenos pantanosos á las calenturas y los incultos montes á las fieras y á los malhechores, levanta templos á Dios y modelos al arte, erige hospitales y hospicios para curar á los enfermos y dar albergue á los desvalidos, y funda escuelas para combatir la ignorancia y acercar la criatura al Criador desenvolviendo su inteligencia, que es un rayo de la inteligencia divina. La Incredulidad, salida del Averno, servida por la ignorancia, la codicia, el egoísmo y la vanidad, pasea la tea incendiaria y la piqueta destructora por todas partes; condena á la soledad lo que fueron centros de movimiento y de vida; convierte los más insignes monumentos en ruinas y en escombros ó cenizas las más peregrinas creaciones del arte; vende á vil precio ó abandona al gancho del trapero códices de valor incalculable y libros rarísimos; se apodera sin piedad del patri-

monio del pobre, dejando sin asistencia y sin asilo al enfermo y al desamparado, y sustituye la ciencia sólida por una pedantería gárrula que empieza destronando á Dios para endiosar al hombre—*homo sibi Deus*—y acaba por rebajar al hombre al nivel del mono.

.....
¿Qué fuera de la Europa si á la caída del Imperio romano, no hubiesen surgido aquellas legiones de hombres que iban al encuentro de las hordas de bárbaros que el Septentrión vomitaba incesantemente, y sin más armas que una cruz domeñaban su ferocidad y les disputaban los tesoros de la antigua cultura? Es un error nacido de la ignorancia y propagado por la mala fe el suponer que la vida monástica era la aspiración de las almas cobardes, egoístas, codiciosas, y que los monasterios fueron asilo de regalo, refugios de la pereza ó casas de curación para los enfermos de espíritu. La vida monástica era, por el contrario, patrimonio de las almas viriles, de las grandes energías de los que, ardiendo en la llama del amor divino, abandonaban los goces y las comodidades de la exis-

tencia mundanal, para consagrarse por completo al servicio de Dios y de sus semejantes.

Príncipes, duques, ilustres guerreros, hombres de vida borrascosa, oscuros soldados ó humildes braceros, visten el tosco sayal, se confunden en santa comunidad, olvidando su procedencia, y con sus propias manos roturan terrenos incultos, arrancan la piedra de las canteras, levantan suntuosos templos, que adornan con exquisitos trabajos de escultura y pintura, y junto á ellos, en pobres celdas, cultivan con afán y provecho las letras, las ciencias y las artes, difunden la instrucción, oran por sus hermanos, convierten pecadores, curan enfermos, amparan á los débiles contra los fuertes, ponen diques á las demasías de los poderosos.

El conde de Montalembert prueba con datos irrefutables que los monjes fueron, no solamente los arquitectos de los edificios que levantaron en todos los puntos de Europa, sino que trabajaban en ellos como albañiles. Después de delinear los planos, cuya noble y atinada disposición aun nos admira, dice nuestro autor, los

ejecutan con sus propias manos y por punto general sin el auxilio de obreros extraños á la comunidad. Trabajaban cantando los salmos y no dejaban las herramientas ó instrumentos del trabajo sino para ir al altar ó al coro á cumplir con sus deberes de sacerdote. Empezaban las tareas más duras, más pesadas y más expuestas del oficio de albañil, sin reparar en la fatiga ni en el peligro. Los mismos superiores no se limitaban á trazar los planos y vigilar los trabajos, sino que daban personalmente el ejemplo de valor y humanidad y no retrocedían delante de ninguna fatiga. Al paso que simples monjes hacían de arquitectos, los abades se reducían de buen grado al papel de obreros.

Y esos hombres que no se desdeñaban de desempeñar el oficio de peón de albañil, eran á un mismo tiempo plateros, fundidores, miniaturistas, músicos, calígrafos, constructores de órganos, sin dejar de ser por esto teólogos, predicadores, literatos y algunas veces obispos y consejeros íntimos de los príncipes, como sucedió en este monasterio de Leyre, du-

rante los dos siglos que los árabes estuvieron en posesión de Pamplona.

Y lo más admirable es que aquellas preciosas obras de arte que exigen para ser ejecutadas bienestar del cuerpo y serenidad de espíritu; aquellos estudios y trabajos literarios que requieren gran concentración y ánimo despreocupado, eran ejecutados en época de lucha, de guerras y trastornos, faltando á los ejecutores casi todas las comodidades y no pocas veces hasta lo más necesario para la existencia.

JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.

(El Oasis: Viaje al país de los Fueros)

LA BATALLA DE LEPANTO.

Eran las doce del día: el sol brillaba caluroso en medio de la atmósfera azulada: movíase el viento bonancible, y en toda la redondez del golfo no daban señales de una oscilación siquiera el mar, poco antes tan turbulento. En cuanto espacio alcanzaba á medir la vista, no se descubría otra cosa que velas y bajeles, multitud de banderas, gallardetes de di-

ferentes colores, y hermosos destellos de luz, que salían de las limpias armas, y de los yelmos escudos y cotas resplandecientes. Entre las dos armadas había la distancia que mide una bala de cañón. La del Turco embistió á boca arrancada contra la de los cristianos; levantábase de sus galeras horrible vocería, no por espantar así á los nuestros, que los observaban silenciosos, sino porque tal era su costumbre de acometer, á gritos y fulminando denuestos, á sus contrarios.

Venían la Real de Aalí y algunas otras del centro y extremos de sus escuadras cañoneando á las nuestras con valentía, cuando, á llegar al tiro de las galeazas venecianas, recibieron una descarga de cuatro de ellas á la vez, tan certera y tan impetuosa, que, como si hubiesen topado sus proas con un muro, cieron todas en el mismo instante. Preguntó Aalí á los forzados qué especie de mahonas eran aquéllas, y al oír como se llamaban, sabiendo que equivalían á otras tantas fortalezas, mandó que se esforzase la boga, pasando de largo cuanto antes; mas no pudieron hacerlo sin experimentar nuevas rociadas y mayor daño que la vez

primera, pues echaron á fondo dos galeras, maltratáron otras, é introdujeron en todas confusión tan grande que no lograron recobrar la buena ordenanza con que venían.

· · · · ·
Dos horas habían corrido desde que D. Juan embistió impávido con el Turco; ni un instante de reposo, ni la más leve esperanza de triunfo se había logrado. Con haber tal mortandad de una parte y otra que las galeras estaban como encalladas entre cadáveres; con los daños que éstas habían sufrido, sin jarcias, ni velas, ni palamenta ni defensa sana, ni árbol que no se viese acribillado de balas ó de saetas; y con hallarse los unos desangrándose de las heridas, los otros cautivos ó desarmados y todos rendidos de sed, de calor y de cansacio, ni cedía un instante la constancia de Aalí y los suyos, ni aflojaba un punto la firmeza de D. Juan y sus combatientes. Dos veces llegaron nuestros soldados hasta el árbol de la Real del Turco, y otras tantas fueron rechazados con derramamiento de copiosa sangre. A la tercera, al fin, con ímpetu sobrehumano, con pechos verda-

deramente de españoles, avanzaron hasta el cuartel de popa, y, como incontrastable vendabal, todo lo quebrantaron y destruyeron; cayó el postrer esfuerzo de los jenizaros, y el mismo Aalí, herido en la frente, de un arcabuzazo, dió con su cuerpo sobre cruja. Alzóse al punto un grito de *victoria*, y la cabeza del gran bajá fué testimonio de aquel triunfo. Si es cierto que se enarboló sobre una pica, como afirman tradiciones quizá inexac-
tas, que cayó al mar de las manos de un forzado, ó que el autor de aquel hecho fué un soldado de Málaga, como cuentan testigos presenciales, no es caso digno de prolijas investigaciones. Preferimos dolernos, como D. Juan, de la muerte de un hombre generoso, caudillo valiente y hábil, rival en nada inferior á nuestros guerreros; y no encarecemos con esto sus alabanzas sino las propias: que tanto es más ilustre una victoria, cuando de mayor estimación son los vencidos.

CAYETANO ROSELL.

(*Historia del combate naval de Lepanto.*)

CONVENTOS DE MONJAS.

Son, en general, los monasterios de religiosas, en el ameno y cerrado jardín de la Iglesia Católica, como otros tantos estanques de blanquísimo mármol y de cristalinas aguas. Su caudal se alimenta con la vocación, y se desagua en el sepulcro, pero lenta y silenciosamente, sin revolver limo, que no hay en el fondo, ni turbar siquiera la tersura de la superficie. Allí no penetran las corrientes del siglo, ni crecen las pantanosas y efímeras flores de la ambición: así es que cuando un suceso, por insignificante que nos parezca á nosotros, navegantes de proceloso mar; cuando un acontecimiento, como la visita de una persona ilustre, la profesión de un sujeto insigne, la muerte de un bienhechor querido, cae como piedra en aquella agua serena y apacible, nace de él una tradición, mansa y bella á la vez, que se extiende en círculos concéntricos, de generación en generación, hasta tocar en la orilla, y que permite á quien mira desde ella ver el punto central en que la piedra fué arrojada.

El claustro es un recinto silencioso, y

armónico á un tiempo, fundado entre la oquedad de la tumba y la bóveda del cielo, en donde todo sonido produce eco duradero.

EL MARQUÉS DE MOLINS.
(La Sepultura de Miguel Cervantes.)

IDEA FUNDAMENTAL DE LA EDUCACIÓN

Dios ha criado al hombre «para amarle y servirle en esta vida y gozarle eternamente en la otra,» como nos enseña el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.

Al criarle, le dotó de preciosas y divinas facultades, cual no las reunen los demás seres de la Creación, y que son otras tantas fuerzas de que ha de valerse para alcanzar su fin.

† Pero las facultades humanas, aunque desde un principio revelan la existencia y hasta su poder y bellezas, aparecen en estado de germen, y, á semejanza de la flor encerrada en su capullo, sólo se manifiestan en todo su poder desarrollándose progresivamente por medio del cultivo.

Toda la doctrina de la educación se funda en estas verdades, por las cuales se explica su naturaleza, su importancia,

su necesidad, su extensión y las diferentes maneras de considerarla.

Formar al hombre preparándole para cumplir su destino en ese mundo y en el otro, es el *objeto final* de la educación.

Desenvolver las facultades humanas, cultivándolas y ejercitándolas, su *objeto inmediato*.

De modo que la educación es el cultivo y ejercicio de las facultades humanas, para desenvolverlas y perfeccionarlas conforme al fin para que ha sido criado el hombre.

Por la educación despiertan del sueño en que están sumergidas las facultades humanas, se desenvuelven, se fortalecen y adquieren la plenitud de vida y poder de que son susceptibles. Con el desarrollo de estas facultades, que constituyen la naturaleza y dignidad humana, se forma y prepara el hombre para hacer la dicha de su familia, para servir á su patria según su posición y talento, y para el reino de los cielos, dónde sólo le es dado alcanzar la perfección.

En este sentido la educación, concurriendo á la obra de Dios, conforme á sus altos designios, es uno de los reflejos más